

PAISAJES ÍNTIMOS

Barraca

EN varios espacios de la existencia el corazón tiende a renovarse. Miramos, a veces, tan amorosamente una cosa que, a medida que transcurre el tiempo, pierde intensidad y el encanto acaba por diluirse. Quizá no haya que llegar hasta el mismo fondo de las cosas ni dejarlas en un misterio total; es posible que lo realmente maravilloso esté en quedarse en la mitad. En el centro de las cosas, que es estar en su cuerpo y en su pensamiento; valvén que no pierde intensidad porque avanzamos y retrocedemos, casi a un tiempo. Porque está en cada uno de nosotros, los humanos.

Lo digo en un día cualquiera de pre-Feria. Estos días en que hasta la luz parece especializarse para dar unos tonos de próximo acontecimiento. Las cosas empiezan a moverse y se arregla y se pule y se pinta cast todo. (Se nos pega tanto el ambiente que en casa he pintado las persianas). Se acerca algo deprisa, irremediablemente ya está encima. No nos hemos dado cuenta y ya hay que ponerse otra vez de fiesta. El peligro es inminente. Se nota con el paso de los camiones...

Camiones cargados hasta más arriba. Planchas de madera verdes, azules, rojas, blancas; donde le leen palabras a medio decir. «Atracc» «Churr» «de Tiro de». O asoman barquichuelas, cajas, hierros, y hasta una palanquilla haciendo equilibrios encima. Camiones que se detienen hacia el lugar aislado, hacia la calle aquella donde la vida late efímera cotidianamente. La calle y la plaza que tal vez esperen, sonrisa en mano, unos días al año de esta intensidad; este jolgorio fluído de lo que tiene colorines, música, estampidos y alma. Sobre todo alma. Eso que llega rebotando en camiones.

Ahora con los hombres de duro aspecto que descargaban cosas tan frágiles, con sus camisas chillonas y un aire de inconsciencia, la calle tiene más que nunca un enorme parecido con las del «viejo Oeste». Chocan tablas contra tablas y caen sobre el polvo con estrépito. Las voces son ya para la elegía.

— ¡Con cuidado, hombre, con cuidado!

— A ver, ¿dónde diablos habéis metido la número seis?

— ¡Pedrooooo!

Y, poco a poco, las tablas toman forma. Y la barraca, después del tránsito hasta aquí, vive su hábito especial. Pronto será centro de la Feria. Aquí está como de antes pero se irá luego de cumplir su función hacia otras calles y otras plazas que la necesitan cada año para ser centro de algo...

«Salón de Tiro de...» («...la Btenparecida», me gustaría ponerle). Plaza de la Victoria al fondo, y el esqueleto del Circo; su vientre, su próximo pálpito. Una mano en la realidad y otra en la ilusión. En el centro está todo ello. Limpio o sucio, risa o lágrima; pero siempre esa sensación íntima emocionante. (Mi colega femenino de Gerona dijo que buscaremos a Lit...)

Vicente BURGAS GASCONS

LA SANTA CRUZ

NÓTASE ya, a simple vista, una relación intensa entre la dedicación de las Fiestas de la Santa Cruz figuerense y la toponimia circundante. No deja de existir tampoco aquella vinculación entre dos famosos cenobios y la Ciudad; sabida es su dependencia medieval de la Casa vilabertranense y manifiesta es la hegemonía del gran monasterio de las cumbres del monte de Verdera, no sólo en la comarca, sino en una demarcación amplísima que, en un caso ejemplar, llega hasta las tierras del Ebro.

Por doquier aparece la evocación cruciforme, que impregna, con su cristianización, los confines del macizo rocoso Nord-Este con el mar. Pretende la leyenda que existió en ese promontorio un templo dedicado a Venus, al cual según el númen poético verdagueriano

«va suplantar la Creu».

Queda, naturalmente, aludido el del Cabo de Creus. Mucho se ha fantaseado respecto a esa zona en cuyas lejanías se divisa el «Porto-Venere» en un pasado legendario de pagánias.

Estas se habían de trocar, después de la cristianización, en otras versiones de leyenda, según las cuales se asignan siete Cruces a otros tantos límites o términos, a la entrada de otros tantos caminos conductores del peregrinaje hasta las puertas del gran monasterio rodense. Subsisten, mutiladas, las de Pau, al borde mismo de la zona marítima-lacustre en la que atracaba la barca del Abad; así como la de Llansá, entrambas junto a las bien trazadas «trochas». Asimismo, el escudo monástico se ostenta en la Cruz terminal figuerense, «la Creu de la Mà», frente al «Moli de la Creu», el basamento de la cual ha sido familiar a todos nosotros.

En toda su vigencia administrativa, pese a su lánguida supervivencia material, se mantiene el nombre y el pueblo de La Vall de Santa Creu, al pie de la Sierra de San Pedro y en el repliegue del valle que roza con el mar, significando uno de los más claros desplazamientos de un poblado entero, el del cerco amurallado perfecto de Santa Elena, en el momento en que una mayor seguridad permite abandonar las aisladas defensas de cumbres y fortificadas puertas, trocándolas por el regazo montañoso entre olivares y viñedos.

Y aquí aparece otro enlace directo de la Cruz y su veneración, al relacionarse con ella la toponimia del perdido y ruinoso pueblo con su patronímica Santa Elena, el nombre de la madre de Constantino ganada para el cristianismo, quien en 325 visitó Jerusalén, levantó un templo sobre el Monte Calvario y, en 326, descubrió los restos de la Vera-Cruz. Un monumento tan antiguo como único, conservando en zona de la Cataluña Vieja, el llamado *Tapiz de la Creación* de la Catedral de Gerona, aporta una visión primitiva de la iconografía de la Invención de la Santa Cruz, en una fórmula interpretativa no lejana del año mil.

Volviendo al área espiritual de San Pedro de Roda, advertimos que su fiesta máxima, aquella en la cual el peregrinaje adquiría proporciones extraordinarias, acudiendo a la Casa personajes del ultra-Pirineo junto con los fieles de la región, tenía lugar en los años en que el día 3 de mayo coincide con el viernes: en tales ocasiones se celebraba el Jubileo de la Santa Cruz con la pompa de los Años Santos, y con un ceremonial que se compara en las crónicas con el de Roma y Santiago de Compostela.

He aquí como las floridas Cruces de Mayo, se enlazan en una tradición consagrada en la Alta Edad Media al culto y a la veneración de la Cruz. Sabido es que éste fué el único e inicial símbolo cristiano, perdurando cuando no las muestras, las referencias documentales de Crucifijos de oro y de marfil. Ello hubo de estimular una intensa afición y un ardiente deseo de poner preciosas representaciones cruciformes, de las que han llegado hasta nosotros ejemplares preciadísimos.

En el reconditorio de San Pedro se halló un pectoral de Oriente, estuche del *Lignum Cruis*; formó parte del llamado *tesoro* de Selva de Mar.

Pero es única entre las del Principado la que de nuevo relaciona a la Ciudad en sus etapas antiguas con la dependencia cenobítica vilabertranense. No es ésta la oportunidad de renovar un estudio de esta portentosa Cruz, pero siempre es grato ponderarla. Sobre su estructura arcaizante se plasmó la muestra suprema de la orfebrería «mueble» o portátil, del Levante. Arqueología y Arte ceden ahora su interés ante una circunstancia que destacamos: gemas y entallas clásicas de Ampurias vinieron a irisar en ella el nimbo de Jesús, exaltando con su color y su riqueza la zona noble por excelencia de la misma. Pero se diría que la intención fué de mayor alcance y que el engaste de esas gemas simboliza la rendición del mundo pagano ante el Divino Kostro que preside la Cruz.

Juan SUBIAS GALTER



MUEBLES MAS

Los más económicos - Los mejores - FABRICACIÓN PROPIA

Exposición y venta: Avenida José Antonio, 23
c. Castelló, 12 - San Antonio, 2 - FIGUERAS